

Cuarto Misterio

La Transfiguración de Jesús ante sus discípulos

Pedimos, como Iglesia, ser testigos de Esperanza

“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús. Pedro dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantará aquí mismo tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

“Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y se oyó una voz que decía desde la nube: «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo». Al oír esto, los discípulos cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor. Jesús se acercó a ellos, y tocándolos, les dijo: «Levántense, no tengan miedo». Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo.”

“Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No hablen a nadie de esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»” (Mateo 17, 1-9)

Reflexión

Jesús se retira al monte con sus discípulos y se trasfigura en su presencia, mostrándose con el esplendor de la luz divina. Sabiendo que está próxima la Pascua, quiere que esta luz ilumine los corazones de ellos para que cuando pasen por la oscuridad de su pasión y muerte no sucumban. Dios es luz, y Jesús quiere dar a sus amigos más íntimos la experiencia de esta luz, que habita en Él.

El Señor los lleva a la montaña, que representa el lugar de la cercanía con Dios y del encuentro íntimo con Él; el lugar de la oración, donde estar ante la presencia del Señor.

La oración es el encuentro con Dios; a este encuentro nos llama Él mismo para consolarnos y fortalecer nuestra esperanza para poder afrontar nuestro diario caminar.

Oración

Madre del Rosario, tú que vives contemplando la gloria de Dios, ayúdanos a subir con Jesús al monte de la oración. Que contemplando Su rostro lleno de amor y de verdad, nos dejemos colmar interiormente de su luz. Madre, que seamos hombres y mujeres sembradores de esperanza, en especial entre los que más sufren espiritual o materialmente.

Que la Iglesia diocesana sea capaz de dejar brillar la luz que lleva dentro, el misterio profundo, inmenso, divino, de la realidad escondida de la cual es signo sensible: la presencia de Dios entre nosotros.

Que este Tercer Sínodo Arquidiocesano nos ayude a renovar la esperanza de la contemplación definitiva del rostro del Padre y así construir la tierra teniendo la mirada puesta en el cielo. Amén.

Quinto Misterio

La Institución de la Eucaristía

Pedimos ser hombres y mujeres eucarísticos

“Mientras comían, Jesús tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo: «Tomen y coman, esto es mi Cuerpo». Después tomó una copa, dio gracias y se la entregó, diciendo: «Beban todos de ella, porque esta es mi Sangre, la Sangre de la Alianza, que se derrama por muchos para la remisión de los pecados. Les aseguro que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el Reino de mi Padre.»

“Después del canto de los Salmos, salieron hacia el monte de los Olivos.” (Mateo 26, 26-30)

Reflexión

Al instituir el sacramento de la Eucaristía, Jesús se ofrece anticipadamente a sus discípulos y les deja la misión de renovar su sacrificio. En la Última Cena dio gracias y alabó a Dios transformando así su entrega en acción de gracias por el Amor Infinito. Todo viene de Dios, de la omnipotencia de su Amor uno y trino.

La Iglesia vive de Jesús Eucaristía, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada.

La Eucaristía es el tesoro de la Iglesia. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos.

Al acercarnos a la Eucaristía, entramos en comunión con la vida misma de Jesús, en el dinamismo de esta vida que se dona a nosotros y por nosotros, en alabanza al Padre y para salvación nuestra.

Oración

Madre del Rosario, mujer eucarística, ayúdanos a crecer en la vida eucarística para que nuestro “amén” ante este misterio tan grande nos ayude a afrontar el compromiso de configurarnos a Jesús.

Que nuestra Iglesia diocesana, fortificada por la adoración y comunión eucarística, sea haga eco del don de Jesús, salvación de todos los hombres y se convierta en testigo del amor redentor, haciéndose cercana a todos, en especial de los más pobres y marginados. Amén.



SANTO ROSARIO POR LOS FRUTOS DEL TERCER SÍNODO DIOCESANO

ARQUIDIÓCESIS DE PARANÁ
2014-2016

MISTERIOS LUMINOSOS

Se propone para cada misterio el texto bíblico, una reflexión y una oración a la Virgen del Rosario.

Se pueden utilizar con toda libertad todos los elementos o algunos de ellos.

Primer Misterio

El Bautismo de Jesús en el Jordán

Pedimos la gracia de vivir siempre como Hijos del Padre, impulsados por el Espíritu

“Juan estaba vestido con una piel de camello y un cinturón de cuero, y se alimentaba con langostas y miel silvestre. Y predicaba, diciendo: ‘Detrás de mí vendrá el que es más poderoso que yo, y yo ni siquiera soy digno de ponerme a sus pies para desatar la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo.’”

“En aquellos días, Jesús llegó desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y al salir del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu Santo descendía sobre él como una paloma; y una voz desde el Cielo dijo: ‘Tú eres mi Hijo muy querido, en tí tengo puesta toda mi predilección.’” (Marcos 1, 6-11)

Reflexión

Al acercarse a bautizar, Jesús nos indica el inicio de su misión en esta tierra, anonadándose para cumplir la voluntad del Padre. Y ante este gesto el Padre deja oír su predilección por Él y el Espíritu Santo desciende sobre Jesús para investirlo de la misión que le espera: darse por completo, hasta la vida, en la cruz.

Al acercarnos al Bautismo, Dios toma nuestro sí (el sí de nuestros padres y padrinos) y nos regala esta misma comunión de amor: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para que comience a palpar en nosotros. Dios mismo comienza a habitar en nosotros y somos así, por designio amoroso de él, hechos hijos en el Hijo y guiados por el Espíritu Santo.

Y desde entonces estamos llamados a anunciar a este Dios que habita en nosotros: el Bautismo nos convierte así en miembros de la Iglesia, por lo tanto en evangelizadores... y sin embargo, muchas veces olvidamos o hasta incluso rechazamos la misión que está impresa en nosotros.

Oración

Madre del Rosario, tú llena del Espíritu Santo desde la concepción, te dejaste guiar por él para que te fuera convirtiendo en la Iglesia viviente que nos traería al Salvador. Hoy tus hijos que caminamos en Paraná te pedimos que nos ayudes a estar concientes del don que hemos recibido, y que transformados por el Espíritu seamos coherentes con la misión a que éste nos compromete por el Bautismo.

Que seamos capaces, impulsados por el Espíritu, de anunciar con nuestra palabra y con nuestras obras el Evangelio a los que no lo conocen y que podamos ayudar a aquellos que habiendo recibido la fe no viven como hijos de Dios a que redescubran el rostro amoroso del Padre. Amén.

Segundo Misterio

La Autorevelación de Jesús en las Bodas de Caná

Pedimos crecer en la fe de mano de María Santísima

“Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo ‘No tienen vino’. Jesús le respondió: ‘Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros? Mi hora no ha llegado todavía’. Pero su madre dijo a los sirvientes: ‘Hagan todo lo que él les diga!’”

“Había allí seis tinajas de piedra destinadas a los ritos de purificación de los judíos, que contenían unos cien litros cada una. Jesús dijo a los sirvientes: ‘Llenen de agua estas tinajas’. Y las llenaron hasta el borde. ‘Saquen ahora, agregó Jesús, y lleven al encargado del banquete’. Así lo hicieron.”

“El encargado probó el agua cambiada en vino y como ignoraba su origen, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo y le dijo: ‘Siempre se sirve primero el buen vino y cuando todos han bebido bien, se trae el de inferior calidad. Tú, en cambio, has guardado el buen vino hasta este momento’. Este fue el primero de los signos de Jesús, y lo hizo en Caná de Galilea. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él” (Juan 2, 1-12)

Reflexión

En las bodas de Caná María, contemplativa en el mundo, se da cuenta de las necesidades de los demás y requiere de Jesús una ayuda para los novios. Y aunque la negativa de Jesús podría haberla paralizado, pueden en ella dos certezas más fuertes: la confianza ciega en el poder de su Hijo Jesús y el amor incondicional por sus hijos, los hombres. Jesús así, obra el milagro y abre el corazón de sus discípulos a la fe por intervención de María, la primera creyente y la pone frente a todos como mediadora.

Hoy como Iglesia, miramos a María como corredentora, como intercesora de las gracias que el Padre tiene preparadas para los hombres.

Oración

Madre del Rosario, madre contemplativa, abre nuestros ojos para que sepamos observar la realidad de nuestra Arquidiócesis, cada persona que encontramos, especialmente aquella que es pobre, necesitada, en dificultad. Que como tu, confiemos plenamente en tu Hijo Jesús, para que “haciendo todo lo que Él nos diga” nos pongamos al servicio de los demás.

Madre del Rosario, no dejes de mirarnos, para que a través tuyo, descubramos más a tu Hijo. Amén.

Tercer Misterio

El Anuncio del Reino y la predicación para la conversión

Pedimos redescubrir el amor misericordioso de Dios y el sacramento de la Reconciliación

“Jesús se dirigió a Galilea. Allí proclamaba la Buena Noticia de Dios, diciendo: ‘El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia. Le trajeron entonces a un paralítico, llevándolo entre cuatro hombres. Y como no podían acercarlo a él, a causa de la multitud, levantaron el techo sobre el lugar donde Jesús estaba, y haciendo un agujero descolgaron la camilla con el paralítico’. Al ver la fe de esos hombres, Jesús dijo al paralítico: ‘Hijo, tus pecados te son perdonados!’”

Unos escribas que estaban sentados allí pensaban en su interior: ‘¿Qué está diciendo este hombre? ¿Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?’. Jesús, advirtiendo en seguida que pensaban así, les dijo: ‘¿Qué están pensando? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: ‘Tus pecados te son perdonados’, o ‘Levántate, toma tu camilla y camina’? Para que ustedes sepan que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados –dijo al paralítico– yo te lo mando, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa’. Él se levantó en seguida, tomó su camilla y salió a la vista de todos. La gente quedó asombrada y glorificaba a Dios, diciendo: ‘Nunca hemos visto nada igual!’ (Marcos 1, 15; 2, 3-12)

“Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra”. (Lucas 7, 47)

Reflexión

El Señor en el comienzo de su predicación invita a la conversión, como primer paso para acoger la Buena noticia. Conversión que es un acto de vida, un proceso constante que renueva al hombre y lo ayuda a conocerse a sí mismo y ejercitar la capacidad de evitar el mal y hacer el bien.

Pero sin la gracia de Dios que transforma el corazón, que permite sentir cercano y concreto el amor del Padre, nada podemos. Por eso es necesario redescubrir el sacramento de la Reconciliación en su significado profundo de encuentro con Dios, que perdona mediante Cristo en el Espíritu a todo aquel que se acerca con humildad y arrepentimiento, y que hace recuperar la alegría perdida.

Oración

Madre del Rosario, tú que eres la toda pura, “vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos” y ayúdanos a volver a la casa del Padre cada vez que nos alejamos y a crecer en el amor hacia los hermanos.

Te pedimos que nuestra Iglesia diocesana, con la confianza de saberse amada por Dios, no deje de buscar con deseo incansable a todo hombre, para mostrarle el rostro del Padre misericordioso.

Que nuestras comunidades estén abiertas en la acogida del pecador arrepentido y lo ayuden a encontrar los brazos del Padre Misericordioso. Amén.